

San Benito de Nursia

SANTO DEL DÍA

11_07_2020



La búsqueda de Dios como el primer fin del hombre y los monasterios benedictinos construidos en cada rincón de Europa dan testimonio de la grandeza de la obra de san Benito (480-547) quien, con su vida, al mismo tiempo glorificó al Creador y contribuyó de manera fundamental a la formación de la civilización europea. Por esta razón, el 24 de octubre de 1964, consagrando la iglesia de la Abadía de Montecassino, reconstruida después de los bombardeos, Pablo VI quiso proclamarlo **Patrono de Europa**. Y le recordó a todo el Viejo Continente, en el siglo de las dos guerras mundiales y de los

totalitarismos ateos (nazismo y comunismo), que la historia benedictina «toca la existencia y consistencia de nuestra antigua y siempre viva sociedad, aunque hoy tan necesitada de extraer linfa nueva de las raíces, donde encontró su vigor y esplendor, las raíces cristianas, que San Benito en tan gran parte le proporcionó y alimentó con su espíritu».

Benito, hermano de santa Escolástica, nació en Nursia alrededor del año 480, a mediados de esa era marcada por las invasiones bárbaras y la caída del Imperio Romano de Occidente. Era descendiente de la *gens* Anicia, a quien también pertenecía el papa Gregorio Magno (540-604), quien se basó en la información de cuatro de los discípulos del santo para escribir una famosa Vida, contenida en el **segundo libro** de sus *Diálogos*. Cuando era adolescente, sus padres lo enviaron a completar sus estudios literarios en Roma. Pero la constatación de la vida disoluta de muchos jóvenes (unida a las insidias para el alma que encontraba en parte del saber mundano) pronto lo convenció a abandonar la ciudad en busca de un lugar solitario, donde pudiera permanecer en recogimiento con Dios. Después de una etapa intermedia, el joven llegó a Subiaco. Aquí vivió durante tres años en una cueva, en total soledad.

Ese primer período en Subiaco marcó la maduración espiritual de Benito. No le faltaron los asaltos del diablo y, en particular, tres grandes tentaciones: el amor propio, la sensualidad y la ira, que el santo venció con oración y penitencia. Luego aceptó guiar a los monjes que vivían en un monasterio cercano, pero pronto los dejó porque se cansaron de su austera disciplina y trataron de envenenarlo.

En el arco de unos treinta años llegó a fundar 13 monasterios en el valle de Aniene. Luego llega el año 529, un año crucial en la historia del monacato occidental, porque el santo se estableció en Cassino y esta vez decidió edificar el monasterio en un punto claramente visible: en la cima de la montaña. Benedicto XVI, inspirándose en las palabras del papa Gregorio, vio en esta elección un valor simbólico, vinculado al desarrollo interior del santo patrono de Europa: «La vida monástica en el ocultamiento tiene una razón de ser, pero un monasterio también tiene una finalidad pública en la vida de la Iglesia y de la sociedad: debe dar visibilidad a la fe como fuerza de vida».

En la colina de Montecassino, san Benito compuso su célebre Regla, que fija el principio de la estabilidad del lugar para los monjes y recoge lo mejor de la antigua tradición monástica, desde san Pacomio hasta san Basilio (a cuyas enseñanzas se refirió explícitamente). Por lo tanto, san Gregorio tenía razón al escribir: «El hombre de Dios, que brilló en esta tierra con tantos milagros, no resplandeció menos debido a la elocuencia con la que supo exponer su doctrina», a menudo resumida con la máxima *Ora et labora*

. Benito, de hecho, dividió el día, admirablemente, en momentos de trabajo y oración (fue él quien codificó la Liturgia de las Horas, remitiéndose a las palabras del salmista: «*Siete veces al día te alabo*»); e indicó, en el equilibrio entre la acción y la contemplación, el camino hacia Dios. Central es el propósito de hacer la voluntad divina, a través de la obediencia: «A ti, pues, se dirigen estas mis palabras, quienquiera que seas, si es que te has decidido a renunciar a tus propias voluntades y esgrimes las potentísimas y gloriosas armas de la obediencia», escribió en el prólogo de la Regla.

La obediencia se debe principalmente al abad, que en el monasterio «hace las veces» de Cristo y, a su vez, debe ser un padre tierno y un maestro severo. Gracias a ello, el alma puede progresar en la virtud de la humildad, según un camino dividido por el santo en 12 grados. En el pensamiento de Benito, cada actividad - desde el estudio de la Palabra hasta el trabajo manual - debe estar orientada a la mayor gloria de Dios y, por lo tanto, a la conquista del Paraíso. «Si hay un celo malo y amargo que separa de Dios y conduce al infierno, hay también un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna».

La sed de salvación, para sí mismo y para las almas, fue, por lo tanto, la estrella polar de toda su vida. La visión de Benito, en sus últimos años terrenales, es bien conocida, mientras velaba en oración, «el mundo entero estaba ante sus ojos, casi recogido bajo un solo rayo de sol». El papa Gregorio comentó: «Se dice que todo el mundo está recogido ante él, no porque el cielo y la tierra se hayan encogido, sino porque el espíritu del vidente se ha dilatado, de modo que, secuestrado en Dios, puede contemplar sin dificultad lo que se encuentra debajo de Dios». Es una mirada, la de san Benito, que Europa está llamada a redescubrir.

Patrono de: agricultores, agrónomos, arquitectos, químicos, ingenieros, espeleólogos;
Europa

Para saber más: [Regla de San Benito](#) (en latín e italiano)